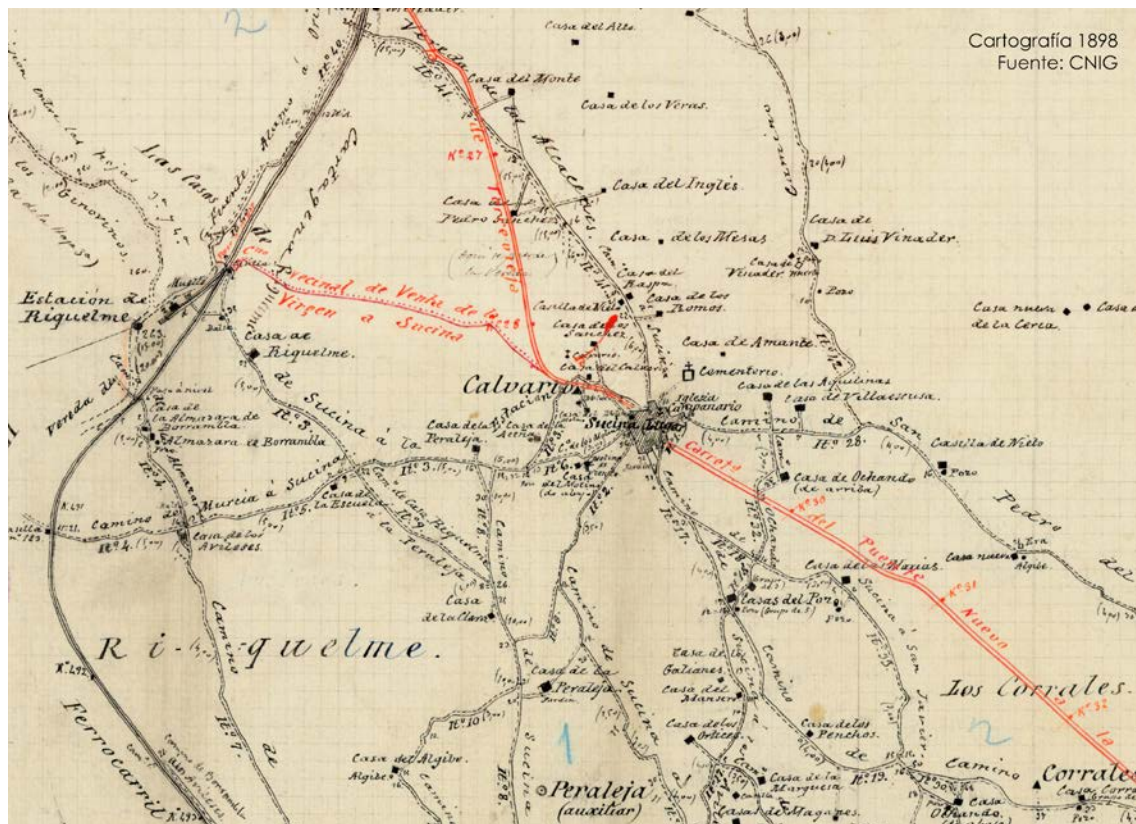


EL PODER SOBRE LA TIERRA

TALLER DE PATRIMONIO DEL CENTRO CULTURAL DE SUCINA 'VIDA Y TERRITORIO'



El territorio de Sucina, ceñido por la serranía que lo separa de la vega del Segura, surcado por caminos y veredas, extiende sus dehesas y campos entre el verdor de la huerta y el azul del mar. Es el otro paisaje agropecuario de Murcia, el que no entiende de acequias pero sí del trasiego de rebaños, de repartos de tierra, de grandes haciendas y propiedades explotadas durante siglos. Y es que estos parajes, aunque escasos en agua, han sido siempre ricos y generosos en madera, caza, pastos y cosechas de secano, sobre todo de aceite, almendra y cereal.

Bajo el dominio de órdenes religiosas y de la nobleza primero, de políticos y enriquecidas familias de empresarios y comerciantes después, la tierra sucinera ha permanecido dividida en extensas heredades salpicadas de almazaras, corrales, cuadras, pajares, palomares, molinos, pozos, aljibes, balsas, abrevaderos e incluso minas... infraestructuras de todo tipo con las que controlar y exprimir al máximo los beneficios que pudieran ofrecer. Como construcción de referencia y emblema del basto terreno a administrar, se fueron alzando señeros caserones provistos de espacios de servidumbre y de su correspondiente ermita, configurando unos palacetes rurales que temporalmente ocupaban sus dueños como lugar de descanso y recreo. Pero sobre todo, en estas demarcaciones abundarían las sencillas y dispersas casas de campo cedidas a guardeses, labradores, pastores y jornaleros, entre cuyos muros de piedra crecieron generaciones de sucineros.

Hoy ya vivimos otros tiempos, pero imbricada en esa historia marcada por la perpetuación de herencias y linajes, tan condicionada por el sistema de clases y puntualmente alterada con desamortizaciones, fragmentaciones o incautaciones del Estado, yace la memoria de las gentes que han poblado este territorio. Gentes corrientes y sencillas que, circunstancialmente, vinieron a conocer e incluso a relacionarse de primera mano con los más ilustres e influyentes personajes de la vida social y política de aquella Murcia cambiante, a caballo entre los siglos XIX y XX. Señalamos a continuación algunos de los dominios en los que transcurrieron tantos y tantos episodios de su vida cotidiana... desde el día a día de sufrido trabajo y de crianza de los hijos, a esos momentos vinculados al ritual y al festejo que de cuando en cuando alegraba el calendario y abría las privadas verjas de patios, capillas y enclaves naturales al disfrute del vecindario. Varios de estos inmensos predios están hoy ocupados por urbanizaciones y modernos *resorts* que consideradamente mantuvieron el nombre histórico del paraje, pero la mayoría siguen siendo tierras de cultivo que envuelven el crecido casco urbano de Sucina, ofreciendo en su conjunto la cara más actual de este rincón del municipio.

Riquelme es probablemente la más conocida de todas las grandes fincas que existían a este lado del Puerto de San Pedro. Se relaciona además con la estación de ferrocarril que aún se mantiene en este paraje, estratégicamente emplazada en sus alrededores desde que a mediados del siglo XIX se trazó la línea que venía desde Madrid a Cartagena pasando por Murcia. El motivo de no llevar el apeadero de Sucina hasta un lugar más cercano al pueblo fue precisamente priorizar el servicio ferroviario a esta hacienda y a otras del entorno, y no tanto por facilitar las idas y venidas de sus ilustres propietarios cuando pasaban aquí alguna temporada, que también, sino ante todo pensando en la exportación y comercialización de lo que en ellas se producía. Esta quinta perteneció desde antiguo al linaje murciano de los Riquelme, sobre el que recaía el Marquesado de las Almenas y el mismo que en su día encargara el famoso belén a Salzillo. Al ser devuelta la propiedad a sus herederos en 1940, tras los años de incautación republicana, pasó a manos de Don Rafael de Bustos y Ruiz de Arana, Duque de Pastrana. Éste falleció apenas tres años después, por lo que fue mucho más conocida en Sucina su viuda, Doña Casilda Figueroa Alonso-Martínez, sobreviviéndole largo tiempo. Doña Casilda era además hija de Don Álvaro Figueroa y Torres Mendieta, Conde de Romanones, llegando a venir en algunas ocasiones desde Madrid a visitarla. De hecho, dicen que Romanones regaló el antiguo pavimento que tuvo la iglesia y que fue en el gran salón de la casa parroquial donde se produjo el acuerdo de donación, de forma muy solemne, al gusto del afamado conde. El mayordomo de la finca era entonces el recordado Don Ramón Rojo Campoy, ejerciendo miembros de esta misma familia durante generaciones como caseros al cuidado de sus posesiones.

Borrambla es otra de las grandes haciendas de Sucina, apostada en el camino de La Tercia y también junto al trazado del ferrocarril. Fue propiedad del Marqués de Molins, título nobiliario concedido por Isabel II a Mariano Roca de Togores y Carrasco en 1848, dándole el nombre de la localidad oriolana de Molins por ser a la que estaba más vinculada la familia. Con Sucina también estrecharían fuertes lazos, prodigándose en noticias de comienzos del siglo XX las atenciones de la señora marquesa con los necesitados del pueblo, e incluso

figurando como camarera de la imagen patronal de la Virgen del Rosario. El recinto de Borrablanca cuenta en la actualidad con todas sus construcciones rehabilitadas y, entre ellas, destaca una capilla fechada en 1902 a la que solían acudir labradores y vecinos de los alrededores. Era todo un foco espiritual en aquellos tiempos en los que aún vivía más gente en las casas diseminadas del campo que en el propio pueblo. Algún participante del taller, recordando su infancia como monaguillo, ha contado que solían acompañar al sacerdote Don Telesforo Martínez Alcaraz cuando tenía que celebrar misa en aquellas fincas y, concretamente en Borrablanca y mientras el cura almorzaba con los caseros tras terminar el oficio, se subían los muchachos a la buhardilla del caserón; allí se almacenaban lo que para ellos eran auténticos tesoros de todo tipo, desde antiguos muebles y ropajes, a montones de negativos de cristal de a saber qué antiguo inquilino aficionado a la fotografía.

De **La Peraleja** es bien sabido que fue primitiva y extensa propiedad de la Orden Trinitaria. Tras la desamortización del XIX pasó a manos de la familia Esbrí, estirpe de militares y plateros establecidos en la capital. Parece que fue Don José M^a Esbrí Manresa (1811-1876) quien reestructuró la casa señorial que hoy conocemos, con una capilla anexa dedicada a San Rafael concebida como lugar de enterramiento y en la que lucían espléndidos cuadros del titular y de los Cuatro Evangelistas, obra de Hernández Amores. En 1908 se instalaría también una pequeña fábrica de electricidad para suministro de la casa, alargándose después el tendido hasta el pueblo y dotando así temporalmente de iluminación algunas de sus calles e incluso el interior de la iglesia del Rosario. El administrador de la hacienda era entonces Don Felipe Guillamón López, concejal y persona influyente en Murcia a cuyo hijo el señor Esbrí legó la propiedad cuando éste todavía era un niño. El joven heredero, Enrique Guillamón Soriano, llegó a ser alcalde de la ciudad en 1912 como líder del Partido Republicano Progresista, pero apenas durante seis meses: murió en junio de 1913, a los 44 años. Su viuda, Doña Manuela Miró Ibáñez, llevaría a partir de entonces las riendas como propietaria y cabeza del clan. La finca pasaría después a su primogénito, José M^a Guillamón Miró, quien también dio pasos en la política y acabó siendo diputado, y luego a José M^a Guillamón Pasqual de Riquelme; como curiosidad, estos últimos serían nombrados en 1921 presidentes honorarios del Círculo Agrícola de Sucina.

La finca de **Ochando**, denominación que mantiene desde tiempos en que era propiedad de Don José Ochando, Mayordomo Tesorero del Cabildo Catedralicio allá por el XVIII, también la adquirió la familia Guillamón cuando ya eran dueños de la lindera Peraleja. La recibiría en herencia Doña Amparo Guillamón Pasqual de Riquelme, casada con un coronel de Aviación llamado Manuel Artigas Rivero. Ochando contaba con una esplendorosa edificación principal que ocupaban los señores y en las casas aledañas residían los caseros con sus familias. En una de ellas vivía Carmelo Hernández y su mujer Antonia García "la Serrana"; Carmelo llegó a ser encargado tras toda una vida ligado a esta familia, pues empezó como botones de Doña Amparo. Otra casa la ocuparon Ezequiel Martínez y Anita "la Guindala". Y en una tercera vivieron, entre otros, Antonio Iniesta y María Olmos "la del Casucho".

Lo Vinader extendía sus dominios en las inmediaciones del llamado Barranco del Agua y pertenecía a otra de las familias más conocidas de la

capital. Don Luis Vinader Vinader y su esposa Josefa Martínez Saura se la habrían legado a su hija Dolores Vinader Martínez, casada a su vez con Joaquín Peñalver Hernández. En el pueblo se cuenta que esta joven pareja estuvo largo tiempo viviendo en ella, pues el aire del campo era lo que los médicos habían recomendado para la curación de un hijo que tenían gravemente enfermo, el pequeño Luisito Peñalver Vinader; noticias de la época se hacen eco de la mejoría del niño, allá por 1915, y testimonios del taller añaden que, en agradecimiento por la sanación, la familia costeó la construcción de un retablo dedicado al Corazón de Jesús para la parroquia de Sucina, el cual encargaron al tallista local Fernando Lancis. En otra casa de esta misma finca era donde vivían guardeses y trabajadores, como Salvador y Antonia, con sus cuñados José García y Elena. Y en otra estaban los sirvientes; entre otras, Ángeles Hernández Villaescusa "la Luteria", personaje singular que ha perdurado en la memoria del pueblo durante generaciones.



Antigua fiesta vecinal en la Gruta de Lourdes, ubicada en Los Ginovinos

En la lista de principales haciendas también habría que incluir **Los Ginovinos**, emplazada al pie de la Sierra Altaona y de la que fue dueño Don Antonio Gómez Rubio, recordado como un gran benefactor de la parroquia local; o **Las Cercas**, propiedad de la acaudalada familia Almansa. Hay más y sobre todas ellas, junto con las innumerables casas que han abarcado sus límites, seguiremos investigando. Trataremos con ello de ir hilvanando aspectos de nuestra historia y nuestro pasado con la realidad que hoy vivimos, en el empeño común y generoso de compartir y conocer mejor nuestro pueblo y, de paso, también a nosotros mismos.

'SUCINA. VIDA Y TERRITORIO'
Taller de Patrimonio del Centro Cultural de Sucina. Julio 2017